»De tu resplandeciente trono ¡oh causa primitiva! mana impetuosa como el Océano del mundo, la fuente de la salvacion. Mirad, arcángeles, ved como se extiende por todas las regiones del universo el Océano de la salvacion.

»Vosotros lo veíais ya, cuando las tinieblas de la muerte nos lo ocultaban aun. Cuando, en medio de las sombras del valle de los sepulcros, los míseros átomos de polvo acusaban á su Dios, y Dios en su misericordia los escuchaba en silencio y sin fulminar sus rayos, vosotros veíais ya el inmenso Ccéano de la redencion.»

Sin interrumpir su rápido vuelo hácia el trono de los Cielos, Jesús decide la suerte de las almas que acaban de dejar sus vasos mortales. Las sentencias de su inmutable justicia abrazan todas estas almas á la vez: las unas descienden hácia los abismos de la muerte eterna; las otras se elevan cada vez más, y aumentan el triunfal cortejo, en que se dejan oir voces aisladas.

Estas voces celebran así la llegada de los nuevos hijos de la inmortalidad:

«He aquí que llegan las almas que nos envian todos, los paises, los pueblos todos de la Tierra.

»Vosotros todos, que habeis dormido en vuestros sepulcros, tomais en fin vuelo sublime, y venís á ser luz. La antorcha del Redenter os alumbra é inspira, y su magnificencia se despliega ante vosotros.»

Las almas escuchan con arrobamiento, pero ignoran todavia quién es el celestial espíritu conducido á través del infinito por el cortejo triunfal.

Al principio creyeron reconocer en ellos, hombres, hermanos; pero á medida que los contemplan más de cerca, se sienten agitados por un santo estremecimiento, porque la s deslumbra su belleza majestuosa y espléndida.

Uno de los resucitados las tranquiliza, dirigiéndoles estas palabras:

«Sí, antes éramos hombres como vosotros, y vivíamos de la misma vida que vosotros acabais de dejar; pero nos ha transfigurado el divino Redentor, á quien veis marchar de lante de nosotros sobre las estrellas, y cuyas gloriosas llagas resplandecen con los puros rayos de la luz primitiva. Contempladlo; el momento decisivo ha llegado para vosotras: podeis aceptar ó rehusar su divina intervencion; la muerte ha roto todas vuestras cadenas, pero jamás habeis sido más libres que lo sois en este momento.»

Estas palabras aumentan las dudas é incertidumbres de las almas.

Un ángel, intérprete del pensamiento de Cristo, se dirije á ellas, les hace descender á una estrella, y les ordena esperar allí las enseñanzas que han de hacerlas dignas de entrar en la mansion de los bienaventurados.

Los coros celestiales que abren el cortejo triunfal ven á lo lejos el trono del Eterno rodeado de santas tinieblas.

Sobrecogidos de respeto, los ángeles se velan el semblante con sus largas alas, los bienaventurados se estremecen, y la víctima inmolada en el altar del Gólgota brilla con esplendor más vívido.

Despues de un prolongado silencio, un coro de resucitados canta así:

«¡Legiones resplandecientes, seguidle hasta el trono! ¡Arpas celestiales, trompetas terribles, cantos de gloria, celebrad á Jesús, el Hijo de Dios, todo amor y misericordia! El altar que ha teñido con su preciosa sangre lo anuncia al universo.

»Los herederos de la muerte lo glorifican; los serafines y arcángeles lo glorifican, y los justos lo celebran en sus piadosas reuniones. Es augusto, es santo, y en sus manos ha puesto Jehová la justicia suprema.

»Herederos de la redencion, y vosetros todos, coros de inmortales, cantad, cantad al salvador del mundo. Jesús, Hijo del Eterno, tú eres el rey del universo; tú eres el rey de la ciudad de Dios, suspendida en las alturas de lo infinito.

»Padre omnipotente, ¿con qué solemnidad restablecerás en su trono al Hijo que ha padecido todo lo que debia padecer, y consumado todo lo que debia consumar? ¡Rayos del Altísimo! prestad vuestras alas á los cantos de triunfo de los bienaventurados redimidos con la sangre de Cristo.»

Otro coro de resucitados pasa rozando los bordes de un sol, y canta así la gloria del Mesías, que se acerca siempre más á la diestra de su Padre.

«Tú que acabas de consumar el más sublime de los sacrificios, ¿cómo serás acogido por Aquel, que es como tú inmortal? Saldrá de su santuario, y te contemplará, á tí, su Hijo, que fuiste siempre con él y en él.

»Augusta víctima del pecado, ¿qué palabra podrá expresar lo que has hecho por aquel que te negó y se ha levantado en tí? para aquel que despues de haberse dormido en el polvo, se despierta á la vida de los ángeles?

»El Redentor ha pasado por los tenebrosos terrores de la muerte, y Dios lo llama al Santuario. Maestro divino, tú que descendiste á la condicion de un simple mortal, has venido á ser el Oriente del Empíreo, y todas las criaturas doblan la rodilla ante tí.

»Y sus gritos de alegría resuenan en el fondo del polvo y en la inmensidad de los Cielos. ¡El Hombre-Dios, el Ungido del Señor es glorificado! ¡Cantad la gloria del Hombre-Dios! ¡Cantad la gloria del Ungido del Señor!» El coro de los resucitados guarda silencio, y los cantos de los inmortales van siendo cada vez mas raros y temerosos.

Los siete heróicos hermanos, los primeros resucitados entre los mártires, se lanzan por encima del triunfal cortejo y exclaman:

«La medida de las perfecciones se ha derramado sobre nosotros, haciéndonos dignos de asistir á la transfiguracion del Vencedor de la muerte. ¡Oh santo éxtasis de los escogidos!... ¡corra eternamente el torrente de los cantos de ventura!

»Pero ¿qué son las alabanzas de las criaturas ante tí, que permitiéndonos contemplarte, nos elevas al esplendor de tu trono?

»En presencia de tantas magnificencias, nuestro canto de ventura permaneceria mudo, si tú no le ordenaras apresurar su vuelo.

»¡Alabemos al Señor, que se ha dignado permitirnos celebrar su triunfo con gritos de alegría, con solemnes himnos!

»Es el Santo de los santos; y, glorificándolo, la voz de los inmortales es el eco del trueno que precede á sus pensamientos y acciones.

»¡Corred, cantos de triunfo: celebrad los pensamientos, celebrad las acciones del Señor!

»Hácia el Eterno te elevas ¡oh Divino Mesías! Tu Padre te llama ; desde el más alte de los Cielos te llama á su diestra. ¡Seguidle, cantos de triunfo, seguidle hasta el pié del trono!»

Cien querubines se descubren el semblante, baten sus alas por encima del cortejo, y elevando sus palmas hácia el santuario de los Cielos, cantan:

«¡Legiones resplandecientes, seguidle hasta el trono! ¡Arpas celestiales, trompetas terribles, cantos de gloria, celebrad á Jesús, el Hijo de Dios, que es todo amor y misericordia!

»El trueno que ruge en el santuario de los cielos lo anuncia al universo.»

Los ángeles custodios del trono han visto brillar el triunfal cortejo de Jesús. Al principio quedaron inmóviles de sorpresa; pero muy luego lanzan á los espacios infinitos sus gritos de alegría y salutacion.

Ninguno de ellos sabia la hora ni el dia en que el Hijo del Eterno habia de subir á la diestra de su Padre. La vista del cortejo triunfal les anuncia que este instante es ya llegado; y en la exaltación de su santo júbilo, vuelan de montaña en montaña, exclamando:

-«¡El Mesías! ¡El Mesías!»
Y repiten de bosque en bosque:
-«¡El Mesías! ¡El Mesías!»
Y la luz dice á la luz:
--«¡El Mesías! ¡El Mesías!»

Y esta palabra, llevada de altar en altar, llega hasta la nube que envuelve el Santuario; y ante este grito de alegría, los misteriosos bosques, el rio de ondas de oro y el trueno supremo retienen sus voces.

Precedido de los últimos rayos de un sol poniente, el triunfador de la muerte y del pecado entra en el santuario de los Cielos.

Las coronas vacilan en la frente de los ángeles, y todos los inmortales arrojan sus palmas al paso del Hijo del Eterno.

Abrumados de felicidad y beatitud, los resucitados van á detenerse en un bosque que flanquea la via solar; pero la trompeta de oro de Gabriel les ordena seguir el Salvador.

Jesús continúa adelantandose hácia el trono, y el silencio



El Mesías triunfante entra en el santuario de los cielos. (Canto XX.)

se hace cada vez más profundo: ningun inmortal osa levantar su voz; ningun ángel osa hacer vibrar una cuerda de su arpa.

Los resucitados se detienen; los querubines continúan siguiendo las huellas del Mesías, y de repente se prosternan en muda adoración.

Sólo Gabriel sigue al Salvador hasta las gradas del trono. Allí cae de rodillas, y permanece abismado en la contemplación de la Divinidad.

El Todopoderoso, el Infinito, el Sér increado, á quien todos los séres creados reconocerán un dia y adorarán con lágrimas de júbilo; ¡Dios! el Padre del Mediador se glorifica en la plenitud del amor divino.

El fundador de la Nueva Alianza, el que fué inmolado desde el principio del mundo, el que todos los séres creados reconocerán un dia con lágrimas de júbilo; la víctima sacrificada para expiar los pecados del mundo, Jesus, el Redentor, el misericordioso, se glorifica en la plenitud del amor divino.

Así los Cielos reunidos ven al Padre; así los Cielos reunidos ven al Hijo; y el Hijo sube las gradas del trono, y se sienta á la diestra de su Padre.